

CRAMER, Gisela y PRUTSCH, Úrsula (eds.), *¡Américas unidas! Nelson A. Rockefeller's Office of Inter-American Affairs (1940-46)*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2012, 316 pp.

Hace casi diez años, un artículo publicado en la *Hispanic American Historical Review* (vol. 86, n. 4, 2006) llamó poderosamente mi atención. Se trataba del primer estudio específico sobre la Oficina de Asuntos Interamericanos (*Office of Inter-American Affairs*, OIAA), firmado por Gisela Cramer y Ursula Prutsch y fundado en la documentación conservada en los Archivos Nacionales de Washington.

Mi interés por esta agencia federal estadounidense —establecida en el agosto de 1940, bajo la dirección del joven Nelson A. Rockefeller, con el objetivo de promover las relaciones culturales y económicas con América Latina durante la guerra y de contrarrestar la propaganda nazi-fascista, consolidando así la hegemonía estadounidense— tenía su origen en la relación que estaba encontrando entre la OIAA y el indigenismo latinoamericano, relación que a lo largo de los años he podido confirmar como un elemento no menor en la forma en que se iniciaron y se fueron desarrollando las instituciones y los proyectos indigenistas «interamericanos» en los primeros años 1940. De allí que mi intención aquí no es escribir una reseña acabada de esta novedosa colección de ensayos, editada por Gisela Cramer y Ursula Prutsch, que desde luego constituye una excelente introducción a un tema poco estudiado y hasta hace poco casi desconocido, sino ofrecer una lectura «parcialísima» de la misma, desde la perspectiva de quienes estamos estudiando un tema por naturaleza continental, como el indigenismo, en un momento histórico, los años 1940, en los que se están estableciendo una serie de instituciones interamericanas, entre ellas una específicamente dedicada a la llamada «cuestión indígena» (me refiero al Instituto Indigenista Interamericano o III).

Tal como indican las editoras en su ensayo introductorio, el reciente interés por la OIAA está relacionado con debates actuales que han puesto en primer plano conceptos como *public diplomacy* y *soft power*, pero la investigación se ha beneficiado sobre todo de las tendencias historiográficas que discuten acerca de «agencia» y los «agentes» o «actores», y especialmente acerca del papel de los actores latinoamericanos en las relaciones interamericanas. Los trabajos reunidos en *¡Américas unidas!*, en línea con estas inquietudes, confirman y enfatizan que ya no es aceptable una interpretación en términos de una sencilla influencia cultural de EE.UU. en América Latina, explicada principalmente como consecuencia del imperialismo y de una clara hegemonía, sino que más bien al contrario una «true hegemony in the Gramscian sense is difficult to come by, at least in the international arena and less so in the short run» (p. 39) y que es sobre todo en el momento de evaluar la «recepción local» de los programas de la OIAA donde parece menos adecuado un modelo centrado en la hegemonía cultural, ya que las investigaciones empíricas indican que es la «agencia local» la que determina en buena medida las posibilidades de éxito. Al mismo tiempo, tampoco hay que subestimar la importancia de un instrumento creado en el momento de la emergencia bélica, pero destinado a inaugurar una reestructuración de las relaciones

entre Estados Unidos y América Latina, justo en el tránsito entre la política del «buen vecino» y la de la guerra fría, cuyos objetivos se superpusieron y se entrelazaron de distinta manera con las trayectorias nacionales y transnacionales ya en curso. Si, por ejemplo, podríamos destacar la importancia de la OIAA en introducir nuevos modelos de modernidad, reforzando un cambio en la orientación cultural y política de la América Latina del momento, en un movimiento de alejamiento de Europa y de acercamiento a los Estados Unidos, también cabría recordar que esto se entrelaza con una tendencia, ya consolidada entonces entre las elites latinoamericanas en las décadas anteriores, al distanciamiento de Europa, junto con el redescubrimiento de las realidades nacionales (e, incluso, a renovadas definiciones de identidad continental). Los años de la Segunda Guerra Mundial representaron una coyuntura crucial para la redefinición de las relaciones interamericanas y un mayor entendimiento de los programas de la OIAA, de su implementación, de las relaciones con los actores locales y de los efectos y resultados concretos de estas acciones redonda necesariamente en nuestro conocimiento general de una década, los años cuarenta, todavía algo descuidada por los historiadores.

Como en otros ámbitos, también en el campo indigenista se dio esta particular interpretación de la cooperación hemisférica, propiciada por la guerra, en la que primaba el objetivo de consolidar la posición de hegemonía de los EE.UU. en el sistema panamericano. La OIAA fue el principal financiador de los primeros proyectos del Instituto Indigenista Interamericano: queda clara una profunda influencia de la propia agencia y de los actores estadounidenses en las posibilidades reales para la realización de un programa indigenista continental, algo que obviamente limitaba una real coordinación interamericana entre iguales, al mismo tiempo en que el Departamento de Estado (o por lo menos algunos de sus integrantes) se preocuparon de que su participación no pareciera demasiado «desproporcionada» para que esto no pusiera en duda el carácter «interamericano» de organizaciones como el III. Sin embargo, no encontramos evidencia de que se influyera necesariamente en el «contenido» de los proyectos promovidos, que parecen responder más bien a ideas compartidas acerca de las necesidades prioritarias de los grupos indígenas y a las expectativas e intereses de los actores locales.

Los ocho capítulos de esta obra colectiva nos ofrecen varias pistas para mejor interpretar la complejidad de las relaciones interamericanas y del papel de los distintos actores involucrados, ofreciendo aproximaciones a temas más generales, como la propia definición de la diplomacia cultural o del «juego cultural» (Uwe Lübken) o la organización de los comités de coordinación de la OIAA (Thomas M. Leonard), centrando la atención sobre todo en los medios de comunicación masivos, el cinema (Pennee Bender y Catherine L. Benamou), la radio (Cramer), los periódicos (Ortiz Garza), además de los intercambios artísticos (Catha Paquette) o el programa general de la OIAA en el Brasil (Prutsch). Los estudios se refieren especialmente a México, Argentina y Brasil, los países que constituían la mayor preocupación de Washington durante la guerra. En varios puntos nos encontramos con que un elemento importante en los encuentro/desencuentros entre los actores

y en los eventuales éxitos/fracasos de los programas es la propia representación de América Latina, de los distintos países y de sus poblaciones que se quiere promover y que termina fijándose (o no), por ejemplo, en las imágenes cinematográficas, o que ocasiona debates sobre la oportunidad o menos de enfatizar la modernidad urbana o la realidad rural/indígena, en el caso de las exposiciones artísticas. En otros palabras,

En su conjunto, *¡Américas unidas!* ofrece varias pistas interesantes incluso desde un acercamiento un poco excéntrico como el que proponemos aquí: quizás, si algo nos atrevemos a augurar, siempre desde esta lectura parcialísima, es que además de los temas de «diplomacia cultural», colecciones como esta propicien más estudios sobre otros aspectos menos *soft* de la cooperación interamericana (aquí solo en parte mencionados en el caso de Brasil), promovidos en América Latina por la OIAA u otras agencias y fundaciones en los años 1940, como las campañas sanitarias o de alimentación, y que la atención se desplace desde la relación entre Estados Unidos y los distintos países latinoamericanos hacia un enfoque «multilateral» sobre las redes y los proyectos transnacionales.

Laura GIRAUDO
EEHA-CSIC, Sevilla

HERNÁNDEZ, Bernat, *Bartolomé de las Casas*, Madrid, Taurus/Fundación Juan March, 2015, 328 pp., 17 imágenes. Colección Españoles Eminentes.

Las primeras veinticinco páginas de la Presentación de la biografía del padre Las Casas de Bernat Hernández, Profesor Titular de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Barcelona, son sencillamente ejemplares, porque en un ejercicio de primorosa inteligencia, sin lastre erudito a pie de página, dibuja una excelente semblanza histórica, intelectual, política, moral, ideológica y teológica del gran dominico, subrayando su enorme protagonismo, sus contradicciones, las interpretaciones tendenciosas de tres siglos y cuantos maniqueísmos han trivializado la gigantesca labor de Las Casas, para el que toma prestado un famoso *dictum* que recuerda el verso 58 de la senequista *Epístola moral a Fabio*: «vivió sus ideas y las puso en práctica hasta igualar su vida con su pensamiento» (p. 20).

Aquellas páginas son una «comprehensiva» antesala, como se diría en tiempos del gran dominico, para subrayar en seguida la parte del león, o sea, cómo inauguró el sevillano fray Bartolomé de las Casas la «lucha española por la justicia en la conquista de América» (de acuerdo con el título del clásico libro de Lewis Hanke) y obligó a la corona a enfrentarse a la cuestión de acuerdo con las bulas papales; consiguió así que el rey Fernando convocara, en 1512, una junta especial de teólogos y juristas en Burgos, con la consiguiente redacción de las Leyes de Burgos, el primer código legal para las Indias, basado en el *ius naturale* romano y en la ética aristotélico-escolástica, que tuvo su segunda parte en las Leyes Nuevas, de 1542, en cuya redacción tam-